

España de PARTE a PARTE

Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: Los enemigos del alma son tres, Unamuno, Baroja y Ortega y Gasset

XII

1950

En la soledad de las altas noches estrelladas del país, llenas de luceros azules arriba y escuálidas bombillas de treinta vatios abajo, las madres ibéricas, para matar el rato después de la jornada, zurchian calcetines con amor, ponían parches en la culera de los pantalones varoniles y volvían del revés el pardo abrigo lustroso con cinco hierbas; mientras la mujer española le daba dulcemente a la aguja, los recios caballeros ibéricos, escurridos, hambrientos y



adustos oían el parte de Radio Nacional, fumando Ideales. El parte comenzaba con un clarinazo de centinela alerta y terminaba con el toque castrense de oración para sacar del purgatorio las almas benditas de los caídos por Dios y por España: entre este bocadillo de corneta un locutor de honda voz engolada recetaba las noticias: en Corea los soldados norteamericanos habían traspasado el paralelo 38, los del Plan Marshall con objeto de ponernos los dientes largos seguían ayudando a los países corrompidos por la masonería, mister Truman había dicho..., el general Eisenhower había declarado... Pero lo importante era que España se había constituido en un reino católico, social y representativo y que el agente provocador de toda campaña antiespañola era el comunismo internacional. El sermoneo paranoico terminaba con la alusión a un pantano cualquiera o con la última faena, en tarde de sol y moscas, de Aparicio y Litri. Estábamos en 1950, un año redondo, en plena guerra fría que libraba sus mayores batallas en

la radio. El año 1950 los españoles fueron atacados de pronto por la fiebre amarilla de las ondas. En este sentido los nativos se dividían en dos: los que oían Radio París, la BBC o la Pirenaica y los que se sometían a la rutilante catarata sonora y parlanchina de Bobby Deglané en Fiesta en el aire, ¿señora o señorita? o se abonaban a la sección de discos dedicados de radio Andorra. El radioyente se colocaba con devoción frente al telefunken, daba suavemente al botón, parpadeaba el ojo verde y mágico y una luz tenue iluminaba el panel lleno de ciudades lejanas y exóticas: Roma, Londres, Amsterdam, Montecarlo, Pekín, Tokyo, Buenos Aires, ¡qué nombres tan bellos para soñar en la alta noche estrellada y tamélica! El aparato crepitaba como una freiduría de boquerones y se llenaba de interferencias misteriosas, casi extraterrestres, cuando al manejar el mando la aguja roja se paseaba por el universo. Allí estaban los amigos y enemigos de España en alborotada algarabía, en lucha multitudinaria en el interior de la válvula, unos con sus ladridos contra nuestra venturosa paz, otros con voz angélica ofreciéndonos una ración musical de Machín que cantaba Dos gardenias para ti, Madrecita del alma querida, Mira que eres linda o el extranjero no alineado que sombrero en mano había entrado en España. La guerra fría de este país se sintetizó en 1950 entre los oyentes de la Pirenaica y de radio Andorra. Los rojos interiores mandaban cartas a la Pirenaica explicando sus problemas laborales y los azules solicitaban discos dedicados a Radio



Andorra, en lista interminable, para su novia en el día de su cumpleaños, para el sobrinito en el día de su santo, para fulanita de quien ella sabe. Los más finos pedían el Sitio de Zaragoza y en sublime raptó estético los muy exquisitos llegaban incluso hasta las Bodas de Luis Alonso.

En el año 1950 la radio era el ali-

mento porno-cultural-músico-deformativo de los españoles racionados, orgánicos y corporativos. Fue por la radio cuando una tarde caliginosa del verano de 1950 los españoles se enteraron de la perfección de aquella jugada decisiva: de pronto avanzaba Gabriel Alonso,



lanzaba un centro sobre Gainza, que éste devolvía de cabeza hacia el área y allí, de pie, con el fusil al hombro y en lo alto las estrellas estaba Zarra que metió la bota y batió a Williams. El procurador en Cortes Matias Prats, cogido por el pasmó, gritó ¡¡¡gol!!! Y la atonía somnolienta y atocinada en lo universal de los españoles levantó la cresta de gallo con polainas. España había ganado a Inglaterra por 1-0 en el estadio de Maracaná del Brasil. ¡Por fin estaba vengada la afrenta de Gibraltar!

Como los españoles habían batido a los ingleses, resulta obvio que debía desmoronarse enseguida el cerco internacional. España ingresa en la FAO, sección de comidas de las Naciones Unidas; el Comité Político de este organismo recomienda a la Asamblea General la revocación de las medidas de aislamiento acordadas contra este país en 1946; los Estados Unidos nombran embajador en Madrid al señor Staton Griffith que vino aquí como quien llega a echar un vistazo a un solar con chaffán que está en venta y a tomar medidas para intronizar el reinado social de la cocacola. Después de cinco años de ataques, puyas, ironías e insultos contra la ONU, después de haber ido a la Plaza de Oriente con una pancarta diciendo que ellos tienen ONU pero los españoles tienen Dos, este organismo, antes tacineroso, se convierte de pronto en nuestra mismísima madre, a la que hay que querer y respetar. Los exiliados políticos, ante esta jugada del Tío Sam, se cabrean mucho y los rojillos del interior dejan de golpear con el índice en el mármol veteadó del velador del café, de repente unos y otros enmudecen y ya no dicen aquello de este año cae. En efecto, el año redondo de 1950 tampoco cae el régimen. Y como la cosa parece ya enfilada el Marqués de Villaverde se pone su

uniforme de Errol Flynn y se casa con Carmencita Franco.

Llegan los primeros turistas precedidos por Ava Gardner. Y el famoso medio torero, medio poeta, medio actor Mario Cabré se la trastea en noches de luna llena con el nihil obstat del cura párroco y previo certificado de buena conducta de la Guardia Civil. Los españoles enterados asistieron con regodeo al romance; Mario Cabré sintetizaba por un momento el machismo racial; el varón ibérico, moreno y bajito se sentía realizado eróticamente aunque fuera por delegación y de paso también quedaba vengada la afrenta de Jorge Negrete. Por lo visto 1950 era el año de vengar nuestras afrentas. Los embajadores volvían con el rabo entre las piernas, habíamos ganado a Inglaterra por 1-0 y encima nos acostábamos con Ava Gardner. España tenía razón.

Los que no lograban ligar con Ava Gardner siempre podían acogerse al remedio de irse al cine a ver Balarrasa, la Mies es mucha, Cerca del cielo, donde el padre Venacio Marcos impartía bendiciones a mansalva



con el cuello blando y la voz entubada. En 1950 no había destape. La braga de encaje era la sotana de merino, el rudo adulterio era el misionero bautizando negritos que no conocían todavía a Lumumba y los criminales al final siempre pedían confesión a gritos. En 1950 todo el país pedía confesión a gritos porque aquél fue el año de las misiones, de las cruzadas del santo rosario y de las comuniones generales. El país estaba ya maduro para recibir la gracia santificante y espumosa de la cocacola. (Continuará) ■ DON BENITO, EL GARBANCERO.